

CUADERNOS
DE HORIZONTE

*La ascensión
al Mont Ventoux*

FRANCESCO PETRARCA

INTRODUCCIÓN DE
EDUARDO MARTÍNEZ DE PISÓN

TRADUCCIÓN DE
IÑIGO RUIZ ARZALLUZ

LA LÍNEA DEL HORIZONTE
ediciones

Colección Cuadernos de Horizonte, 17

© Del texto de introducción: Eduardo Martínez de Pisón

© De la traducción: Íñigo Ruiz Arzalluz

El texto latino que aquí se reproduce está tomado de la «Edizione nazionale delle opere di Francesco Petrarca», vol. X (Le Familiari, edizione critica per cura di Vittorio Rossi, vol. I, Firenze, Sansoni, 1933, pp. 153-61) y se publica con la autorización de la «Commissione per l'Edizione Nazionale delle Opere di Francesco Petrarca».

© De esta edición: FESTINA LENTE EDICIONES, SLU, 2024

Todos los derechos reservados.

Primera edición: febrero de 2019

Primera edición en este formato: abril, 2024

Publicado por LA LÍNEA DEL HORIZONTE EDICIONES

C/ Mesón de Paredes, 73, 28012 (Madrid, España)

www.lalineadelhorizonte.com

info@lalineadelhorizonte.com

Coordinación editorial: Miguel S. Salas

Diseño de cubierta: Víctor Montalbán | Montalbán Estudio Gráfico

Fotografía de cubierta: Agurtxane Concellón

ISBN: 978-84-127475-4-6

THEMA: WTL, RGS | Depósito Legal: M-7368-2024

Imprime: Estugraf | Impreso en España

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

La ascensión al Mont Ventoux

INTRODUCCIÓN

Petrarca y la ascensión a la montaña

POR EDUARDO MARTÍNEZ DE PISÓN ... I I

I. Alrededor del Mont Ventoux ... 13

II. Alrededor de Petrarca ... 29

III. La carta ... 33

Bibliografía ... 43

AD DYONISIUM DE BURGO SANCTI SEPULCRI...

(texto en latín) ... 47

A DIONIGI DA BORG SAN SEPOLCRO...

(texto en español) ... 63



Detalle del fresco del oratorio de san Giorgio en Padua, anterior a 1382, de Altichiero de Zevio.

La figura principal es la del poeta Francesco Petrarca, pues sabemos que Altichiero le conoció personalmente. Frente a otros supuestos retratos, su verdadero aspecto sería este.



INTRODUCCIÓN
**PETRARCA Y LA ASCENSIÓN
A LA MONTAÑA**

EDUARDO MARTÍNEZ DE PISÓN



I
ALREDEDOR
DEL MONT VENTOUX

El Mont Ventoux o Monte Ventoso —nombre derivado probablemente de *Mons Ventosus*, aunque también hay otras posibles raíces toponímicas— es un destacado macizo calcáreo de los Alpes provenzales. Aislado y prominente, alcanza los 1.912 metros de altitud, con sus flancos cubiertos por vegetación, principalmente mediterránea, pero con una cumbre desnuda, rocosa, que resalta por su blancura. Azotada la cima por el viento mistral, a lo que algunos atribuyen su nombre —entre ellos el mismo Petrarca—, se abre a amplias y célebres vistas sobre su entorno. Aunque más conocido por ser una meta ciclista, tiene valores naturales de especial interés, por lo que está en la actualidad declarado como Reserva de la Biosfera, encontrándose inmediato a varios dominios boscosos y cercano también al Parque Natural de las Baronnies.

Es posible que la consideración erudita de este texto de Petrarca como inicio de la actitud moderna ante el paisaje proceda del libro de Jacob

Burckhardt *La cultura del Renacimiento* en Italia, que se editó en 1860. Se encuentra justamente en un capítulo titulado «Descubrimiento de la belleza del paisaje», en el que afirma: «Los italianos son los primeros entre los modernos que han percibido el paisaje como un objeto más o menos bello y han encontrado un goce en su contemplación», remitiendo al lector a lo expresado en el *Cosmos* de Alejandro de Humboldt. Es decir, a un libro geográfico. Porque Petrarca, además, era geógrafo, cuestión básica para entender correctamente por qué ascendió a un monte para mirar el panorama.

14

Por un lado, dice Burckhardt, «el goce de la naturaleza fue para él la más anhelada compañía de toda labor intelectual»; y, por otra parte, conocía «la belleza de las formaciones de las rocas» y distinguía «la significación plástica de un paisaje y su utilidad». No obstante, «la emoción más profunda y honda que experimenta es [...] su ascensión al Mont Ventoux. [...] Escalar un monte, sin un designio práctico determinado, era algo inaudito para las gentes que le rodeaban». Y señalaba, además, un importante precedente con resonancias literarias: la ascensión de Dante al Bismantova.

Tengo muy vivo el recuerdo de mis primeras lecturas, a mediados del siglo pasado, sobre

el espíritu del montañismo. Entonces empezaba yo a escalar y me nutría intelectualmente con todo lo que encontraba sobre las razones culturales de tal pasión. Los autores de aquellos escritos, que poseían con frecuencia sólida información y buen estilo, recurrían al relato de Petrarca sobre su ascensión al Mont Ventoux en sus *Cartas familiares* (*Familiarium rerum libri*, IV, 1, «Ad Dyonisium de Burgo Sancti Sepulcri ordinis sancti Augustini...») como el origen literario de las crónicas alpinistas y del arranque del sentimiento moderno de la montaña y, con él, de la voluntad de subir a las cumbres. Luego, esta interpretación se ha repetido numerosas veces. O también, aunque con menos énfasis montañero y más acento paisajista, se ha acudido al resto de sus expresiones de afinidad con la naturaleza como síntomas de un significativo y temprano cambio cultural en Europa sobre la percepción literaria del entorno, que enlazaría la Edad Media con el Renacimiento.

En esta línea, por ejemplo, Charles Gos, que publicó el año 1944 en Neuchatel su precioso libro *L'Épopée alpestre*, introducía en un cuadro sinóptico sobre la evolución del sentimiento de la montaña y dentro del apartado «Nacimiento del alpinismo», ya en el siglo XIV, a Petrarca en el Mont Ventoux. Aunque tal monte, añade, es

de fácil ascensión y de cota moderada, «no hay que olvidar la época» de tal escalada, ni la destacada personalidad de su escalador; pero, sobre todo, tal hecho es trascendente porque se trataría de una reacción nueva, subjetiva, en busca de la resonancia de un estado del alma.

También en la enciclopédica obra *La Montagne*, dirigida por Maurice Herzog, que apareció en 1956, se decía que «Dante y Petrarca son los que dan a la literatura alpestre [medieval] sus credenciales de nobleza». Y añadía: «las almas heridas van a pedir consuelo y olvido a la paz de los montes. Esta nota aparece ya en Petrarca». De modo que, cuando este subía al Mont Ventoux el 26 de abril de 1336 «iba a aquellas alturas en busca de la paz interior». Llama la atención, por otro lado, que en mes tan temprano no encontrara nieve en la parte superior de su ascenso a la cumbre.

Hubo, además, un libro tan breve como excelente en esta bibliografía, la *Introducción a la montaña*, de Giuseppe Mazzotti, editada su traducción al español en 1952, que dedicaba un capítulo a los «presentimientos poéticos» que adelantaron la cultura de la montaña en Europa y mencionaba entre ellos primero a Dante y luego a Petrarca, «quien también tuvo muy despierto el gusto por la naturaleza alpina». No pasaba de ahí,

pero estaba claro que nadie podía dejar de citar a Petrarca como clave remota del espíritu alpinista. Incluso Enrique Herreros, que era, aparte de conocido humorista y cineasta, montañero, escribió hace tiempo en la revista *Peñalara* que fue Petrarca quien encontró y expresó «el placer de andar, de cansarse».

Algo más tarde de los libros citados, Georges Sonnier, en una conocida obra de 1970 —y con edición española de 1977 titulada *La montaña y el hombre*—, concedía más espacio al comentario montañero de Petrarca, entendido como «el paso del poeta» por el mundo de las cumbres, paso literario que seguía en el tiempo a la intuición de Dante, por todos apuntada, del «instintivo impulso hacia la cima». Petrarca tenía treinta y dos años —cifra al parecer simbólica— cuando, en 1336, ascendió al Monte Ventoso. Aún era joven, fuerte, pero ya estaba moralmente decepcionado. Se había retirado, por ese ánimo vital decaído, en Vaucluse con su hermano Gherardo —que luego se haría cartujo—, y desde allí tomó la decisión, por su condición física todavía juvenil, de acercarse primero y luego subir al próximo Ventoux.

Inician la caminata con ánimo que, sin ironía, es calificable de comunión propiamente «petrarquiana» con la naturaleza. Conocedor

del terreno, reconstruye Sonnier con precisión el itinerario posible de los hermanos cuesta arriba y valora su valiente entrada en lo desconocido. Por si el lector quiere repetir la excursión, el recorrido de Petrarca pasaría, desde Malaucène y el Comtat, por la fuente vauclusiana, el valle de Groseau, el vía-crucis de Piaut, la cresta al Pré de Michel y a la cumbre. Con tenacidad y esfuerzo logran ambos hermanos su objetivo, la cima, arrojan su mirada sobre el extenso panorama intentando reconocer los lugares y, según el mismo poeta señala en su relato, repentinamente sucede en él un cambio anímico y espiritual profundo. La lectura en la cúspide de unos párrafos de las *Confesiones* de san Agustín tuvo el efecto de una censura moral extrema que le alejó del paisaje, de las cimas y de la naturaleza. Quedó, según sus palabras, saciado, sobrecogido, irritado respecto al mundo y desde ese momento optó por concentrarse, silencioso, en sí mismo, dirigiendo su mirada solo hacia su interior. Al redactar su carta posterior a Dionisio de Borgo —el fraile agustino que le había regalado oportunamente el tomo de las *Confesiones* que llevó a la cumbre— Petrarca utiliza la cima y la ascensión como símbolos de contenido espiritual y vital. En suma, para Sonnier esta «primera ascensión histórica» fue «a la vez un camino espiritual y un camino poético», lo que otorga

un muy digno fundamento cultural al alpinismo. Fue, en su momento, añade, como un relámpago en la conciencia humana, todavía oscura, de la montaña.

En 1977 leyó Manuel de Terán su discurso de entrada en la Real Academia Española sobre *Las formas del relieve terrestre y su lenguaje*, que se iniciaba con una reflexión sobre cómo se alcanzó en nuestra cultura el «de montium admiratione», expresado así en el siglo XVI por el naturalista Conrad Gessner. Allí se menciona de nuevo a Burckhardt, a Dante y a Petrarca. Sin dejar de insistir en la especial relación inmediata con la naturaleza que tuvo el poeta, destaca Terán que la idea concreta de la ascensión le fue sugerida a Petrarca por la lectura de Tito Livio cuando este se refiere a la subida al monte Haemus que hizo Filipo de Macedonia para observar desde él los mares Adriático y Euxino. Sin duda, un fundamento cultural y, desde luego, un acicate para el geógrafo: observar el paisaje desde una atalaya. Pero allí, señalaba el maestro Terán, como consecuencia de su lectura en la cumbre, lo que descubrió el poeta fue otra cosa: «la intimidad del yo personal».

Sin embargo, entretanto, no había una versión completa al español de la carta petrarquiana donde poder leer directamente en lengua pro-

pia el relato del poeta. Digo completa y directamente vertida del latín porque en agosto de 1917 la revista de alpinismo *Peñalara* había publicado ya un fragmento de la carta —el referido a la estricta ascensión—, traducido de la versión que había incluido J. Grand-Carteret en 1903 en su obra *La Montagne à travers les âges*. En el año 2002 hubo en Vitoria, en la inauguración del centro ARTIUM, para celebrar el 666 aniversario de aquella subida al Ventoux, una exposición titulada *Francesco Petrarca y el paisaje contemporáneo*, que fue acompañada por la edición de un libro que tenía por fin divulgar «el primer testimonio de una contemplación estética del paisaje», y que contenía, en euskera y en castellano, una introducción de González de Durana, un estudio preliminar de Javier Maderuelo y el texto de Petrarca en latín, euskera (traducido por Rosetta. tz) y en español (por Iñigo Ruiz Arzalluz, la misma que se ofrece en esta edición). Sin duda, una preciada contribución a esta historia montañera, paisajista y cultural, de difusión obligadamente minoritaria, pero por fin completamente accesible en casa, al menos para los más curtidos en estos apartados terrenos bibliográficos.

Para González de Durana el motivo que impulsó la subida de Petrarca no era sino divisar lo que se podría ver desde tal altozano. Es